

La reina pues, con paso lento, acompañada y seguida por sus damas y los tres jóvenes, guiados por el canto de unos veinte ruiseñores y otros pájaros, por un caminito no muy transitado, pero lleno de verde hierba y de florecillas que comenzaban a abrirse todas, por el sol que se aproximaba, tomó el camino hacia occidente, y charlando y bromeando y riendo con su grupo, sin haber caminado más de dos mil pasos, mucho antes de que fuesen las siete y media, los condujo a una bellísima y rica villa, que estaba situada un poco en el alto de la llanura, sobre una colina. Y entrando en ella, recorriéndolo todo y habiendo provisto las grandes salas, las limpias y adornadas alcobas con todo lo que éstas requieren, la alabaron muchísimo y consideraron magnífico al dueño de aquello. Luego, al descender y ver el amplísimo y alegre patio que tenía, las bodegas llenas de excelentes vinos y el agua fresquísima que manaba en abundancia, lo alabaron más aún. Allí, casi deseosos de descanso, al sentarse en un porche que dominaba por completo el patio, todo lleno de las flores y los ramajes propios del tiempo, llegó el discreto mayordomo y los recibió y confortó con exquisitos dulces y excelentes vinos.

Después de lo cual, haciendo abrir un jardín contiguo a la villa que estaba todo alrededor amurallado, como al entrar todo el conjunto les pareció de maravillosa hermosura, comenzaron a admirar más atentamente sus partes. A su alrededor y por el centro tenía en muchas partes amplísimos senderos, derechos como flechas y cubiertos de pérgolas con parras que tenían aspecto de ir a dar ese año abundantes uvas, y como estaban floreciendo proporcionaban un olor tan intenso por el jardín que, mezclado con el de otras muchas cosas que en él olían, les parecía estar entre todos los árboles aromáticos nacidos en Oriente. Los lados de estos senderos estaban casi cercados de rosales blancos y rojos y de jazmines; por lo cual no sólo por la mañana, sino cuando el sol estaba más alto, por todas partes se podía caminar bajo una fragante y agradable sombra, sin que ésta penetrase. Sería largo de contar cuántas y cuáles y como estaban distribuidas las plantas que había en este lugar; pero no hay ninguna apreciable que nuestro clima tolere, de la que no hubiese en abundancia. En el centro del cual, los que no es menos elogiable que otra cosa de allí, había un prado de finísima hierba y tan verde que parecía negra, todo esmaltado por más de mil variedades de flores, rodeado por verdísimos y esbeltos naranjos y limeros, que, como tenían los frutos pasados y los recientes aún en flor, no sólo proporcionaban agradable sombra a los ojos, sino también placer al olfato. En medio de este prado había una fuente de mármol blanquísimo con tallas maravillosas; dentro de ella, de una figura que estaba erguida sobre una columna que tenía en medio, no sé si por una vena natural o artificial, manaba tanta agua y tan alta hacia el cielo, que luego volvía a caer, no sin deleitable sonido, en la fuente clarísima, que habría podido mover un molino. Y luego ésta, la que rebosaba del borde de la fuente, salía fuera del prado por un conducto y, apareciendo de nuevo fuera de éste por canalillos muy bonitos y artificiosamente hechos, lo enmarcaba todo; y luego por canalillos semejantes discurría casi por todo el jardín, recogién dose por último en una parte por donde tenía la salida del hermoso jardín, y descendiendo luego clarísima hacia el llano, antes de llegar a él, con enorme fuerza y no poca utilidad para el señor, movía dos molinos.

Contemplar este jardín, su bella distribución, las plantas y la fuente con los arroyuelos que de ella procedían les agradó tanto a cada señora y a los tres jóvenes que todos comenzaron a afirmar que, si el Paraíso pudiese hacerse en la tierra, no abrían discernir qué otra forma se le podría dar sino la de este jardín, ni pensar, además, qué belleza se le podría añadir. Yendo pues contentísimos por él, trezándose con distintas ramas de árboles bellísimas guirnaldas, oyendo cantar unas veinte formas de cantos de pájaros que casi competían entre sí, encontraron una deleitable belleza que, sorprendidos por las demás, aún no habían advertido; porque vieron el jardín poblado de unas cien especies de hermosos animales, y mostrándose el uno al otro, de una parte salían conejos, de la otra corrían liebres, y allí había cabritillos, y algún cervatillo joven iba pastando, y además de éstos, otras especies más de animales inofensivos, cada uno a su placer, casi domesticados, se iban recreando; y estas cosas, además de los otros placeres, añadieron un placer aún mayor.

Pero después de que, viendo ahora esto y ahora eso, hubieron estado bastante, y tras cantar seis cancioncillas y ejecutar algunos bailes, cuando la reina quiso, fueron a comer; y servidos con gran,

elegante y pausado orden y con buenos y delicados manjares, se levantaron más alegres y se entregaron de nuevo a la música y a los cantos y a los bailes, hasta que a la reina, por el calor que hacía, le pareció hora de que, quien quisiese, se fuese a dormir. Y unos se fueron y otros, vencidos por la hermosura del lugar, no quisieron irse, sino que quedándose allí, mientras los demás dormían, se dedicaron quien a leer novelas, quien a jugar al ajedrez y quien a las tablas.